



Jaime Mendoza - E

Discurso de recepción a Gustavo Zubieta Castillo en la Academia Boliviana de la Lengua, pronunciado por Alfonso Gamarra Durana en el acto de ingreso realizado en La Paz.

Gustavo Zubieta Castillo ha escogido, para su discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua, el manifestar su criterio sobre dos médicos que han brillado determinadamente en el firmamento de la literatura boliviana. La acción de estos personajes se verificó quizás en dos épocas, en escenarios y motivaciones distintos, pero aquella significa una unidad, sólida e indivisa, aglutinada por la profesión y el carácter de ambos. Una unidad indefinida que no les permite mantenerse en una torre de marfil, consultorio o gabinete, en el cumplimiento de su misión hipocrática sino que por influencias de las letras se encarrilan sobre el destino de los hombres, para destacarse como individuos especiales. Éstos, porque han tenido el mismo molde de formación - preceptos de Asklepiades e Hipócrates han nutrido sus años mozos - cumpliendo los nobles fines extraídos de sus estudios, observan el mundo con dedicación y, si el ambiente en que nace y se desarrollan les abre un resquicio, pueden alcanzar lo máximo permitido en la ejecutoria de un hombre. No se quedan en un punto, buscan su circunstancia moviéndose atinadamente.

Una norma divina los conduce: Respetar la vida del ser humano, y esa admiración a la maravilla biológica ha conseguido el sinergismo de su personalidad y de su mundo, originando un complejo inexplicable, pues, por la individualidad somática tienen aptitudes diversas que les lleva a distintas especialidades donde igualmente se destacan.

Se los considera inquietos porque se inclinan hacia lo difícil para resolver las intrincadas necesidades naturales de vivir la realidad. Por eso, no son de similar hechura, pero caben en esa unidad sólida que los hombres cimentadores la transforman en columna inexpugnable porque su existencia tiene una significación análoga, pues anhelan ingresar en el sagrado misterio del conocimiento, al mismo tiempo que su fe y su discernimiento los conduce a aleccionar al mundo en su condición de maestros.

Sin embargo, el nexo entre estos dos autores no tiene simetría: Jaime Mendoza estuvo dotado de una inteligencia natural y perspicacia clara. Sus obras literarias trasuntan - como pocas - no en la forma sino en sus resultados obtenidos, profundidad y belleza, que, a veces, vanamente se pretende despertar con las palabras cuando se adolece de ideas, una demostración de que éstas son lo que el alma al cuerpo.

No es solamente el autor feliz de una novela realista de mineros, es el que en el doloroso período de lucha da magnificencia a sus párrafos porque contienen la fuerza de

su carácter, la de la pasión nacida en el volcán del compromiso para emerger con sus escritos beligerantes.

Engrandece a Mendoza su naturaleza sencilla, perseverante y errante, el don Quijote en toda la geografía boliviana, que ha utilizado su potencia visual inusitada para buscar las soluciones patrias (en "El Macizo Boliviano" y en "El factor geográfico en la nacionalidad boliviana") con un estilo propio de quien fue llamado el "Gorki boliviano", abreviando descripciones para ser preciso; conciso, rehuyendo la ampulosidad del tecnicismo. El que era contraste vivo entre su actitud de franca protesta ("Páginas bárbaras" y "La tragedia del Chaco") y la suavidad y comprensión para con sus locos del manicomio "Pacheco" de Sucre, podía expresar las verdades nacionales con valentía y acrimonia porque en el fondo de sus escritos estaba plantado el mismo hombre trascendental.

Sería una arbitrariedad querer hacer comparaciones entre Mendoza y Saint Loup. Gustavo Zubieta quiere aproximarse a esas vidas ejemplares para que, recordándolas en sus anécdotas, brote la semejanza de sus cualidades, y el público en general renueve la complacencia de leer los pensamientos culturales desbridándose de sus inclinaciones médicas, lo que no es fácil. Como todos los notables, vivieron aparte, en cierta soledad virtual, cuidando el respeto a sí mismo y la prudencia de sus propios actos porque el hombre correcto lo es en el aspecto moral y en todo momento.

Así aparece en el retrato crítico dibujado con afecto por Zubieta Castillo, un Enrique Saint Loup comprometido con la dignidad, la lucidez de un intelectual que plasmaba su lógica literaria con el rigor de su cirugía, pues esperaba que desapareciera la pompa de las cosas para que surgiera la verdad, a la que dedicaba franca y rendida admiración. De ahí que la facultad esencial existente en él era la descripción oral. Sus alumnos elogiaban su sinceridad porque sabiendo sentir el tema no se opacaba en su superficialidad. Como principal objetivo de sus disquisiciones quería justipreciar el comportamiento humano, buscando el punto crucial de cualquier motivo llegaba a percibir su significado.

En su cátedra de historia de la Medicina, Saint Loup trasladaba los datos enciclopédicos de otros autores pero cernía con acierto lo que es valioso para el espíritu, su

